

Sobre un ensayo de ensayo: *Mi primer ensayo* de Casta Esteban

Carlos Ángel Rizos Jiménez

En 1884 apareció en Madrid un libro bajo el título *Mi primer ensayo*. Colección de cuentos con pretensiones de artículos firmado por Casta Esteban y Navarro, la viuda de Gustavo Adolfo Bécquer. Sobre la discutida autoría de esta obra me he ocupado en otro lugar¹. Es la única que escribió la mujer del poeta. Se trata de un compendio de doce relatos precedidos de una dedicatoria "A la Excelentísima Señora Marquesa del Salar" y un prólogo titulado "Dos palabras a mi sexo". La dedicatoria es una *captatio* donde la autora confiesa su mezquindad y califica a su libro de "mal trazadas líneas" debido a que "muy poco es su valor positivo en mérito literario" (p. 6).

El título y el subtítulo que Casta Esteban ha elegido para su obra son la clave de mi reflexión. Dice que es su primer ensayo de acuerdo con la humildad que manifiesta en la dedicatoria y en diversos pasajes del libro en que alude a la torpeza de su escritura. Con ello pretende que la lectora (en el prólogo deja claro que se dirige a un público femenino, aunque a veces se interpela al "lector") baje el listón en lo que atañe a la calidad que de esa obra espera. El anzuelo que ha de servir para que el libro se venda es la aposición que sigue a su nombre: "Viuda de Gustavo A. Bécquer"²; que se repite después de la firma de la dedicatoria.

Cuando la Esteban utiliza la palabra ensayo hemos de pensar que es el género que ha intentado cultivar con mayor o menor fortuna. Pero cuando vio el resultado se sintió obligada a añadir una apostilla aclaratoria. El subtítulo

¹ "A propósito de *Mi primer ensayo* de Casta Esteban", *El Gnomo: Boletín de Estudios Becquerianos*, VI (1997); en curso de publicación.

² Ya lo apuntó Jesús Domínguez Bordona, "Un libro de la viuda de Bécquer", *Revista de Bibliotecas, Archivos y Museos*, 3 (1926), p. 107 (pp. 105-107).

"Colección de cuentos con pretensiones de artículos" evidencia que Casta se propuso escribir artículos, entendiendo este término como lo entendía Mariano José de Larra cuando compuso los suyos, tan variados como múltiples. Sin embargo, ésta no fue una tarea fácil porque no pudo evitar la aparición de elementos propios del cuento y la novela. En muchos de los relatos de nuestra escritora encontramos anécdota y diálogo, que, en principio, están fuera de lo propiamente ensayístico; pero pensemos que Larra hace lo mismo en muchos de sus artículos, que cruzan los límites de la narración. En algunas prosas de Casta es imposible hablar de ensayo o artículo. Es lo que ocurre con la "Historia de un pobre duro", "Una carta del otro mundo" y "La muralla de carne". El primero y el tercero pueden tildarse fácilmente de novelas debido a su extensión. La "Historia de un pobre duro", con noventa y una páginas, narra la vida de una moneda de cinco pesetas desde su nacimiento-acuñaación en la Casa de la Moneda hasta su muerte-perforación para convertirse en un botón. Sí es cierto que en el interior de este texto podemos dar con numerosas disertaciones y comentarios sobre diversos aspectos como son la crítica al clero o al funcionariado (ésta se repite en "Una carta del otro mundo" y "La muralla de carne") o la función del lenguaje eufemístico (p. 164) y los hipocorísticos (p. 168). "La muralla de carne", con sesenta y ocho páginas, es una novela sentimental no desprovista de reflexiones sobre el matrimonio y el amor; incluso hace crítica literaria a propósito del "Canto a Teresa" de Espronceda (pp. 289-292). "Una carta del otro mundo", que, como reza el título, tiene forma epistolar, es una narración fantástica que, ridiculizando el más allá, ironiza sobre el mundo en que vivimos.

Hay otros tres relatos, pertenecientes a los que José María Martínez Cachero calificó de "costumbristas"³, que no podemos llamar artículos por el excesivo papel que tiene la anécdota. Son los siguientes: "La mano", "¡La boda H!" y "La portera". La estructura es semejante en los tres cuentos. Hay una reflexión inicial que conforma la parte ensayística, y un ejemplo que avala las afirmaciones del principio. En el caso de "La mano", que versa sobre la petición de mano en el matrimonio, hay también una conclusión que retoma las ideas desarrolladas en el exordio. Además, esta narración se caracteriza por la elevada importancia del diálogo, que proporciona al texto un carácter dramático que linda con la comedia. "¡La boda H!" trata del matrimonio y la convivencia en una casa de vecindad (está también en "La portera"). Antes de la anécdota

³ "La viuda de Bécquer, escritora", in *Studia Philologica. Homenaje a Dámaso Alonso*, Madrid, Gredos, 1960-1962, vol. II (1961), p. 451 (pp. 443-457).

principal y después de la disertación inicial introduce un *exemplum* secundario con diálogo que anticipa la filosofía del relato, que también abunda en dramaticidad. Algo parecido tenemos en "La portera", de cincuenta y nueve páginas (con esas dimensiones podría pasar por novela), que incrementa el número de *exempla* secundarios. Habla primero de los casos ocurridos con dos porteras y, a continuación, nos presenta a "mi portera" (p. 300), que dará pie a la autora al desarrollo de la prolija anécdota, que tampoco se queda corta en cuanto a la presencia del diálogo se refiere.

Pasemos a los relatos que se pueden incluir, con las debidas precauciones, dentro del género ensayo. El primero de ellos es "Dos palabras a mi sexo"⁴, que advertimos que es el prólogo no sólo porque sucede a la dedicatoria y porque su título es una interpelación al lector (o mejor, lectora) sino también porque es el único que acaba firmado: "La Autora". Igual que la dedicatoria, que empieza "Señora:" y acaba "para su afectísima amiga y segura servidora", el prólogo tiene forma de carta. Comienza dirigiéndose a "¡Mis queridas hermanas!" y termina "vuestra atenta y S[egura] S[ervidora]". Pero "Dos palabras a mi sexo" es más que un prólogo, más que una carta y más que un artículo o ensayo. Se trata, sin lugar a dudas, de un manifiesto feminista. En él reivindica los valores y derechos de la mujer, que ha de dejar de ser sumisa. Ya desde el encabezamiento es una interpelación. Si en la dedicatoria y en "Una carta del otro mundo" se sirve de los dos puntos ("Señora:" y "Mis queridos hermanos:"), en este texto utiliza el signo de admiración (sólo pone el del final porque al principio se lo impide la tipografía de la M inicial). La viuda de Bécquer no quiso quedarse atrás en vista del movimiento feminista que floreció en Europa a finales del siglo XIX y puso su granito de arena con este texto y con numerosas alusiones y comentarios que se pueden encontrar a lo largo del libro. Este prólogo pone de manifiesto que la situación en que se encuentra la mujer es responsabilidad suya y sólo suya es la culpa. Las mujeres no tienen fuerza porque no están unidas. Recuerda los nombres de las mujeres que han sobresalido en la historia tanto por su astucia (Cleopatra, Mesalina, Isabel I...) como por su talento (Santa Teresa de Jesús, Sor María de Ágreda, Sor Juana Inés de la Cruz...). Propone: "imitemos la conducta del sexo fuerte" (p. 17). La mujer es la mayor debilidad del hombre: "Nosotras somos la palanca que mueve el universo" (p. 12).

Restan ahora seis narraciones que, con más o menos acierto, podemos tildar de artículos: "Un sueño en Triana", "No hay principio sin fin", "Un encuentro

⁴ He reproducido este texto como apéndice a mi ya citado artículo.

feliz y desgraciado", "Los aficionados", "La romería de San Isidro en Madrid" y "¿Existe el amor?". Es significativo que sean estos los relatos más breves del libro. El más extenso consta de doce páginas, "La romería de San Isidro en Madrid". El más breve de los seis que no han logrado la pretensión de ser artículos tiene quince, "La mano". El prólogo tiene once, y la dedicatoria, tres. De estos datos podemos deducir que, a pesar de ser el ensayo la meta que se fijó la escritora, le fluía mejor la pluma a la hora de contar historias, probablemente porque le resultaba más agradable.

"Un sueño en Triana", con tan sólo cinco páginas, pone en boca de un amigo del narrador una disertación sobre su angustia existencial, fruto de la indiferencia. Contra el hastío vital, prefiere la muerte como única salida. Dentro de su discurso el amigo explica un sueño en que se le apareció la diosa Fortuna ofreciéndole la felicidad y dejándolo después con la miel en los labios. Acaba con esta sentencia: "La fortuna es loca y yo soy tonto". En la medida en que hay una anécdota, el sueño, en el que se establece un diálogo con Fortuna, hemos de ser prudentes a la hora de llamarlo ensayo. Asimismo, el grueso de la narración es la respuesta a la pregunta del narrador, que lo ha hallado "triste y pensativo" (p. 21).

En "No hay principio sin fin", de seis páginas, tenemos un ensayo que parte de la experiencia personal del narrador. Es un panegírico del amor anterior al matrimonio. Este último aparece como "la tumba del amor" (p. 48). La materialización del amor espiritual a través del sexo después del matrimonio da lugar a la desgracia. La exaltación del amor que nos ofrece la Esteban en este texto está en contraste total con las ideas que expondrá en "¿Existe el amor?", que empieza con un "No" rotundo. También en "Un sueño en Triana" había dicho del amor que "es mentira, engaño fatal, triste realidad" (p. 22).

El artículo "Un encuentro feliz y desgraciado", de cinco páginas, se puede comparar con la prosa de Bécquer que lleva por título "Tres fechas". En ambos se dan tres encuentros casuales con la amada que no prosperan materialmente. Este texto de Casta es una nueva exaltación del amor. Es un amor de vistas, en el silencio, originado por el destino. No puede consumarse físicamente porque ella está casada: "Tú no eras libre" (p. 81). Pero ese respeto a la honra no impide la existencia de ese amor. La rima XVII de Gustavo Adolfo Bécquer da punto final al artículo:

Hoy la tierra y el cielo me sonríen,
hoy llega al fondo de mi alma el sol;

hoy la he visto, la he visto y me ha mirado;
hoy creo en Dios.

Hemos de anotar la variante que se advierte con respecto a la versión salida de la mano de Bécquer, que escribió "los cielos" y no "el cielo" en el *Libro de los gorriones*, donde esta rima aparece bajo el número cincuenta.

"Los aficionados" recoge en doce páginas una reflexión sobre el mal que causan en la sociedad las personas que se inician en una determinada actividad sin lograr dominarla debidamente. Su tesis es la siguiente: "La afición es lo más ridículo que se conoce; el oficio hace al hombre, la afición lo degrada" (p. 182). Esta idea la tenemos ilustrada a través de una serie de *exempla*: aficionados a músicos, a poetas, a cazadores, a militares, a actores, a pintores. Pero Casta se detiene finalmente en un tipo concreto de aficionados, "los aficionados al dinero por medio de un casamiento con una mujer rica" (p. 184). Acerca de éstos se extiende a lo largo de las cuatro últimas páginas. Cabe destacar el referente autobiográfico de este *exemplum*. Casta, durante su matrimonio con Bécquer, mantuvo relaciones con un tal Hilarión Borobia apodado "el Rubio" que pretendía sacar el dinero al poeta a través de su esposa⁵. En este caso es el adulterio y no el matrimonio el *medium* de la codicia.

El siguiente artículo, "La romería de San Isidro en Madrid", es de costumbres. Consta de doce páginas y se basa en esa nota tomada del natural, que es la celebración del patrón de la villa de Madrid por medio de una romería a la Pradera de San Isidro. Empieza con un elogio ensalzador de la capital de España, continúa con la explicación del milagro que dio origen a tal festividad, y acaba presentándonos una serie de escenas inconexas que se desenvuelven en el ambiente que Goya supo pintar en su célebre lienzo. Todo ello está plasmado con un cierto distanciamiento que permite a la autora burlarse de los que participan en dicha celebración.

En sólo tres páginas escribe Casta Esteban su mejor, su más logrado ensayo. Se trata de "¿Existe el amor?", que empieza con el monosílabo "No" seguido de pausa. En este artículo encontramos una desmitificación del amor, que aparece como fruto de la loca imaginación de los poetas. Está en clara conexión con la rima XXVI de Bécquer, donde leemos estas palabras: "una oda sólo es buena / de un billete del Banco al dorso escrita". Casta escribe: "el mejor billete de amor es un billete de Banco" (p. 223). Por ser este texto la culminación de este

⁵ Heliodoro Carpintero, *Bécquer de par en par*, Madrid, Ínsula, 1971 (1ª edición: 1957), pp. 149-152.

ensayo de ensayo, lo reproduzco como apéndice (actualizo la acentuación, que se limita a la preposición 'á' y al sustantivo 'egoísmo').

¿Existe El Amor?

No; corazones hay muchos, los más, secos como las hojas desprendidas de los árboles en otoño; rancios como sus costumbres débiles,⁶ como las fuerzas del niño y desconfiados como viejos marrulleros; pocos, muy pocos son los que sienten hoy el calor de las pasiones, habiendo decaído tanto el abuso de este papel, que apenas alcanza un bajo precio en los mercados de la fría razón y en los salones de nuestro cerebro helado ¡Todo es mentira!

La mujer pretende engañar al hombre y el hombre cree engañar a la mujer, y los dos a la vez son engañados.

El mundo es una jaula de locos en la cual todos hacen cuanto pueden por satisfacer sus apetitos y caprichos, cubriendo las apariencias y pretendiendo a todo trance pasar a la vista de los demás por un modelo terminado y perfecto, cuando en su fondo sólo hay barro, miseria y egoísmo. Sólo en cabezas destempladas y enfermas de la luz de la razón puede caber el mitológico amor con los divinos colores que los poetas nos lo pintan⁷; ellos al fin son locos también, porque pasan su vida soñando con dulces ilusiones que su mente crea en momentos de ciego delirio; pero que la realidad con su pesada maza del desengaño los aparta de su lado con el peso de su fría razón, y al fin, cansados de luchar en vano contra un fantasma que persiguen siempre sin hallar jamás, su alma se fatiga, sus fuerzas se cansan y su paciencia se agota, muriendo el cuerpo para el mundo y volando el espíritu a su destino.

Después, nada; sus versos y sus obras son el rastro que dejan de su vida cual planeta⁸ luminoso que el espacio cruza, dejando su ráfaga de fuego por breves momentos; sus libros, como contagio del mal, llegan a nuestras manos y se cumple aquel adagio de "un loco hace a ciento".

Es verdad; yo leí mucho y lo leí con fe; no sé cómo obré; pero un amigo mío, a propósito de esta cuestión, me decía:

"Aunque digan ¡qué locura!
algunos hombres perversos,

⁶ Esta coma iría mejor después de 'costumbres'. Debe de tratarse de un error tipográfico.

⁷ Advertimos aquí un anacoluto. La construcción correcta sería: "con los divinos colores con que los poetas nos lo pintan".

⁸ Parece referirse a un cometa y no a un planeta.

quiero bajar entre versos
a la misma sepultura."

La poesía y el amor son las dos hermanas gemelas que el hombre unió a su manera para servirse de ellas como un talismán precioso, para obrar según a él le convenga en el corazón de la mujer.

El amor, despojado de la parte de adorno que el poeta viste con encantos y bellezas, no es nada; materia, polvo, nada al fin.

El suicidio suele ser el término del viaje del amor; ¡cuántos han muerto locos por esta pasión!

Es verdad que sólo estando locos pueden obrar así; pero lo cierto es que el suicidio sólo reconoce tres poderosas causas, el amor y sus celos, la miseria y el honor de cubrir ciertas faltas que el deber nos manda sellar con nuestra vida.

¡Todos locos! El hombre cuerdo huye del amor como de la peste.

El amor es un líquido emponzoñado que la fatalidad nos brinda en copa de oro, y una vez bebido, sus resultados son inevitables.

Por fortuna, los atacados son muy pocos, por más que los poetas griten cuanto quieran; hoy, en el siglo de las luces, el mejor billete de amor es un billete de Banco. Dinero, salud, paz y sosiego son los elementos de la vida real y positiva; reunidlos y seréis felices; conoced el amor y seréis cual la hoja seca que rodando por el suelo es el juguete del huracán que la hace seguir su destino y cuyo paradero ignora, caminando siempre a oscuras y saltando de precipicio en precipicio, hasta que su tumba halla en la corriente de un caudaloso río, y allí mueren sus esperanzas, se ablanda su cuerpo y sus restos son esparcidos por sus cristalinas aguas y el oleaje los arrastra para siempre.

Era su destino, le recordamos hoy para olvidarle mañana.

Este es el mundo; el más cuerdo podemos pasar por el menos loco.⁹

⁹ ap. Casta Esteban y Navarro, *Mi primer ensayo*, pp. 221-223.